BIBLIOTECA DE "LAS NOVEDADES."

El Demonio de los Andes.

TRADICIONES HISTORICAS

SOBRE EL CONQUISTADOR

FRANCISCO DE CARBAJAL.

Escrito para LAS NOVEDADES

POR RICARDO PALMA,

Miembro correspondiente de la Real Academia Española.

NUEVA YORK.

Imprenta de LAS NOVEDADES, 23 Liberty Street.
1883.

Al S. D.
Nicolas Acosta
Su affmo amigo
R. Palma

Lima, Oct.e 11 1883.

prestar con su espada poderoso auxilio al marqués don Francisco Pizarro. Grandes mercedes obtuvo de éste, y en breve se halló el aventurero Carbajal poseedor de pingüe fortuna.

¿Quiénes fueron sus padres? ¿Fué hijo de ganancia ó fruto de honrado matrimonio? La historia guarda sobre estos puntos profundo silencio, si bien libro hemos leido en que se afirma que fué hijo natural del terrible César Borgia, duque de Valentinois.

Despues del trágico fin que tuvo en Lima el audaz conquistador del Perú, Carbajal combatió tenazmente la faccion del jóven Almagro. En la sangrienta batalla de Chupas, y cuando la victoria se pronunciaba por los almagristas, Francisco de Carbajal que mandaba un tercio de la alebronada infantería real, exclamó, arrojando el yelmo y la coraza y adelantándose á sus soldados:—"¡Mengua y baldon para el que retroceda! Yo soy un blanco doble mejor que vosotros para el enemigo!" —La tropa siguió entusiasmada el ejemplo de su corpulento y obeso capitan, y se apoderó de la artillería de Almagro. Los historiadores convienen en que este acto de heróico arrojo decidió de la batalla.

Vinieron los dias en que el Apóstol de las Indias, Bartolomé de Las Casas, alcanzó de Carlos V las tan combatidas

ordenanzas en favor de los indios, y cuya ejecucion fué encomendada al hombre ménos á propósito para implantar reformas. Nos referimos al primer virey del Perú, Blasco Nuñez de Vela. Sabido es que la falta de tino del comisionado exaltó los intereses que la reforma hería, dando pábulo á la gran rebelion de Gonzalo Pizarro.

Carbajal, que presentía el desarrollo de los sucesos, se apresuró á realizar su fortuna para regresar á España. La fatalidad hizo que, por entonces, no hubiese lista nave alguna capaz de emprender tan arriesgada como larga travesía. Las cualidades dominantes en el alma de nuestro héroe eran la gratitud y la lealtad. Muchos vínculos lo unian á los Pizarros, y ellos lo forzaron á representar el segundo papel en las filas rebeldes.

Gonzalo Pizarro, que estimó siempre en mucho el valor y la experiencia del veterano, lo hizo, en el acto, reconocer del ejército en el carácter de maestre de campo.

Carbajal, que no era tan sólo un soldado valeroso sino hombre conocedor de la política, dió, por entónces, á Gonzalo el consejo más oportuno para su comprometida situacion:—"Pues las cosas os suce- " den prósperamente (le escribió) apode- " raos una vez del gobierno, y despues es

" hará lo que convenga. No habiéndonos
" dado Dios la facultad de adivinar, el
" verdadero modo de acertar es hacer
" buen corazon y aparejarse para lo que
" suceda, que las cosas grandes no se em-
" prenden sin gran peligro. Lo mejor es
" fiar vuestra justificacion á las lanzas y
" arcabuces, pues habeis ido demasiado
" léjos para esperar favor de la corona."—
Pero la educacion de Gonzalo y sus hábitos de respeto al soberano ponian coto á su ambicion, y nunca osó presentarse en abierta rebeldía contra el rey. Lo asustaba el atrevido consejo de Carbajal. El maestre de campo era, políticamente hablando, un hombre que se anticipaba á su época y que presentía aquel evangelio del siglo XIX:—á una revolucion vencida se la llama motin: á un motin triunfante se le llama revolucion: el éxito dicta el nombre.

No es nuestro propósito historiar esa larga y fatigosa campaña que, con la muerte del virey en la batalla de Yñaquito, el 18 de Enero de 1546, entregó el país, aunque por poco tiempo, al dominio del *muy magnífico* señor don Gonzalo Pizarro. Los grandes servicios de Carbajal en esa campaña, los compendiamos en las siguientes líneas de un historiador:

" El octogenario guerrero esterminó ó
" aterró á los realistas del Sur. A la edad

" en que pocos hombres conservan el fue-
" go de las pasiones y el vigor de los ór-
" ganos, pasó sin descanso seis veces los
" Andes. De Quito á San Miguel, de Li-
" ma á Guamanga, de Guamanga á Lima,
" de Lucanas al Cuzco, del Collao á Are-
" quipa y de Arequipa á Charcas. Co-
" miendo y durmiendo sobre el caballo,
" fué insensible á los hielos de la puna, á
" la ardiente reverberacion del sol en los
" arenales, y á las privaciones y fatigas
" de las marchas forzadas. El vulgo su-
" persticioso decía que Carbajal y su ca-
" ballo andaban por los aires. Sólo así
" podían explicarse tan prodigiosa activi-
" dad."

Despues de la victoria de Yñaquito el poder de Gonzalo parecía indestructible. Todo conspiraba para que el victorioso gobernador independizase el Perú. Su tentador Demonio de los Andes le escribia, desde Andahuailas, excitándolo á coronarse: " Debeis declararos rey de esta
" tierra conquistada por vuestras armas
" y las de vuestros hermanos. Harto me-
" jores son vuestros títulos que el de los
" reyes de España. ¿En qué cláusula de
" su testamento les legó Adan el imperio
" de los incas? No os intimideis porque
" hablillas vulgares os acusen de desleal-
" tad. Ninguno que llegó á ser rey tuvo
" jamás el nombre de traidor. Los gobier-

" nos que creó la fuerza, el tiempo los hace
" legítimos. Reinad y sereis honrado. De
" cualquier modo, rey sois de hecho y de-
" beis morir reinando. Francia y Roma
" os ampararán, si teneis voluntad y ma-
" ña para saber captaros su proteccion.
" Contad conmigo, en vida y en muerte,
" y cuando todo turbio corra tan buen
" palmo de pescuezo tengo yo para la
" horca como cualquier otro hijo de ve-
" cino."

Pero estaba escrito que no era Pizarro el escogido por Dios para crear la nacionalidad peruana. Coronándose, habría creado intereses especiales en el país, y los hombres habrían hecho su destino solidario con el del monarca. Por eso, al arribo del licenciado Gasca con amplios poderes de Felipe II para proceder en las cosas de América y prodigar indultos, honores y mercedes, empezó la traicion á dar amarguísimos frutos en las filas de Gonzalo. Sus amigos se desbandaban para engrosar el campo del licenciado. Sólo la severidad de Carbajal podia mantener á raya á los traidores. Tan grande era el terror que inspiraba el nombre del veterano que, en cierta ocasion dijo Pizarro á Pedro Paniagua, emisario de Gasca:

—Esperad á que venga el maestre de campo Carbajal, y le veréis y conoceréis.

—Eso es, señor, lo que no quiero espe-

rar, contestó el emisario; que al maestre yo lo doy por visto y conocido.

En Lima estaba en ebullicion la rebeldía contra Pizarro. El pueblo que, en Cabildo abierto, lo había aclamado libertador, que lo llamó el *muy magnífico*, y que lo obligó á continuar en el cargo de Gobernador ya que él desdeñaba el trono con que le brindáran, ese mismo pueblo le negaba, un año despues, el contingente de sus simpatías. ¡Triste, tristísima cosa es el amor popular!

Forzado se vió Gonzalo para no sucumbir en Lima, á retirarse al Sur y presentar la batalla de Huarina. No excedía de quinientos el número de leales que lo acompañaban. Diego Centeno, al mando de mil doscientos hombres, atacó la reducida hueste revolucionaria; mas la habilidad estratégica y el heróico valor del anciano maestre de campo, alcanzaron, para tan desesperada causa, la última de sus victorias.

La gran figura del vencedor de Huarina tiene su lado horriblemente sombrío: la crueldad. Difícilmente daba cuartel á los rendidos, y más de trescientas ejecuciones realizó con los desertores ó sospechosos de traicion.

Cuéntase que, en el Cuzco, doña María Calderon, esposa de un capitan de las tropas de Centeno, se permitía con mujeril

indiscrecion tratar á Gonzalo de tirano, y repetía, en público, que el rey no tardaría en triunfar de los rebeldes.

—Comadrita, la dijo Carbajal en tres distintas ocasiones, trágnese usted las palabras; porque si no contiene su maldita sin-hueso, la hago matar, como hay Dios, sin que la valga el parentesco espiritual que conmigo tiene.

Luego que vió la inutilidad de la tercera monicion se presentó el maestre en casa de la señora, diciéndola:

—Sepa usted, señora comadre, que vengo á darla garrote; y despues de haber expuesto el cadáver en una ventana, exclamó:—¡Cuerpo de tal, comadre cotorrita, que si usted no escarmienta de esta, yo no sé lo que me haga!

Por fin, el 9 de Abril de 1548 se empeñó la batalla de Saxsahuaman. Pizarro, temiendo que la impetuosidad de Carbajal le fuese funesta, dió el segundo lugar al infame Cepeda, resignándose el maestre á pelear como simple soldado. Apenas rotos los fuegos, se pasaron al campo de Gasca el segundo jefe Cepeda y el capitan Garcilaso de la Vega, padre del historiador. La traicion fué contagiosa, y el licenciado Gasca, sin mas armas que su breviario, y su consejo de capellanes, conquistó en Saxsahuaman laureles baratos y sin sangre. No fueron el valor ni la

ciencia militar, sino la ingratitud y la felonía, los que vencieron al generoso hermano del marqués Pizarro.

Cuando vió Carbajal la traidora desercion de sus compañeros, puso una pierna sobre el arzon, y empezó á cantar el villancico que tan popular se ha hecho despues:

Los mis cabellicos, maire,
Uno á uno se los llevó el aire;
Ay pobrecicos,
Los mis cabellicos!

Caido el caballo que montaba, se halló el maestre rodeado de enemigos resueltos á darle muerte; mas lo salvó la oportuna intervencion de Centeno. Algunos historiadores dicen que el prisionero le preguntó:

—¿Quién es vuesamerced que tanta gracia me hace?

—¿No me conoce vuesamerced?—contestó el otro con afabilidad—Soy Diego Centeno.

—¡Por mi santo patron!—replicó el veterano, aludiendo á la retirada de Charcas y á la batalla de Huarina—como siempre ví á vuesamerced de espaldas, no le conocí viéndole la cara.

Gonzalo Pizarro y Francisco de Carbajal fueron inmediatamente juzgados y puestos en capilla. Sobre el Gobernador,

en su condicion de caballero, recayó la pena de decapitacion. El maestre, que era plebeyo, debía ser arrastrado y descuartizado. Al leerle la setencia contestó : — Basta con matarme.

Acercósele entonces un capitan, al que en una ocasion quiso don Francisco hacer ahorcar por sospecharlo traidor :

— Aunque vuesamerced pretendió hacerme finado, halgaréme hoy con servirle en lo que ofrecérsele pudiera.

—Cuando le quise ahorcar podía hacerlo, y si no lo ahorqué fué porque nunca gusté de matar hombres tan ruines.

Un soldado que había sido asistente del maestre, pero que se había pasado al enemigo, le dijo llorando :

—¡ Mi capitan ! Pluguiera á Dios que dejasen á vuesamerced con vida y me mataran á mí ! Si vuesamerced se huyera cuando yo me huí, no se viera hoy como se vé.

—Hermano Pedro de Tapia, le contestó Carbajal con su acostumbrado sarcasmo, pues que éramos tan grandes amigos, ¿por qué pecásteis contra la amistad y no me dísteis aviso para que nos huyéramos juntos ?

Un mercader, que se quejaba de haber sido arruinado por don Francisco, empezó á insultarlo :

—¿ Y de qué suma le soy deudor?

—Bien montará á veinte mil ducados.

Carbajal se desciñó con toda flema la vaina de la espada (pues la hoja la había entregado á Pedro Valdivia al rendírsele prisionero) y alargándola al mercader le dijo:

—Pues hermanito, tome á cuenta esta vaina, y no me venga con más cobranzas; que yo no recuerdo en mi ánima tener otra deuda que cinco maravedises á una bruja bodegonera de Sevilla, y si no se los pagué fué porque cristianaba el vino y me expuso á un ataque de cólicos y cámaras.

Cuando lo colocaron en un cesto arrastrado por dos mulas para sacarlo al suplicio, soltó una carcajada y se puso á cantar:

¡Qué fortuna! Niño en cuna,
Viejo en cuna! ¡Qué fortuna!

Durante el trayecto, la muchedumbre quería arrebatar al condenado y hacerlo pedazos. Carbajal, haciendo ostentacion de valor y sangre fría, dijo:

—Ea, señores, paso franco. No hay que arremolinarse y dejen hacer justicia.

Y en el momento en que el verdugo Juan Enriquez se preparaba á despachar á la víctima, ésta le dijo sonriendo:—Hermano Juan, trátame como de sastre á sastre.

Carbajal fué ajusticiado en el mismo

campo de batalla el 10 de Abril, á la edad de ochenta y cuatro años. Al dia siguiente hizo Gasca su entrada triunfal en el Cuzco.

Hé aquí el retrato moral que un historiador hace del infortunado maestre: — "Entre los soldados del Nuevo Mundo, "Carbajal fué sin duda el que poseyó más "dotes militares. Estricto para mantener "la disciplina, activo y perseverante, no "conocía el peligro ni la fatiga, y eran ta-"les la sagacidad y recursos que desple-"gaba en las expediciones, que el vulgo "creía tuviese algun diablo familiar. Con "carácter tan extraordinario, con fuerzas "que le duraron mucho más de lo que co-"munmente duran en los hombres, y con "la fortuna de no haber asistido á más "derrota que á la de Saxsahüaman en se-"senta y cinco años que, en Europa y "América vivió llevando vida militar, no "es extraño que se hayan referido de él "cosas fabulosas, ni que sus soldados, "considerándole como á un sér sobrena-"tural, lo llamasen—el DEMONIO DE LOS "ANDES. Tenía vena, si así puede llamar-"se, y daba suelta á su locuacidad en "cualquiera ocasion. Miraba la vida co-"mo una comedia, aunque más de una "vez hizo de ella una tragedia. Su fero-"cidad era proverbial; pero áun sus ene-"migos le reconocían una gran virtud:—

"la fidelidad. Por eso no fué tolerante "con la perfidia de los demás; por eso "nunca manifestó compasion con los trai- "dores. Esta constante lealtad, donde "semejante virtud era tan rara, rodea de "respeto la gran figura del maestre de "campo Francisco de Carbajal."—

Pero no con el suplicio concluyó para Carbajal la venganza del poder real. Su solar, ó casa, en Lima, lo formaba el ángulo de las calles conocidas hoy bajo los nombres de la Pelota y de los Gallos. El terreno fué sembrado de sal, demolidas las paredes interiores, y en la esquina de la última se colocó una lápida de bronce con una inscripcion de infamia para la memoria del propietario. A la calle se le dió el nombre de calle del *Mármol de Carbajal.*

Mas, entre la soldadesca, había dejado el maestre de campo muchos entusiastas apasionados y, tan luego como el licenciado Gasca regresó á España, quitaron una noche el ignominioso mármol. La Audiencia verificó algunas prisiones, aunque sin éxito, pues no alcanzó á descubrir á los ladrones.

Poco despues aconteció en el Cuzco la famosa rebeldía del capitan don Francisco Giron quien, proclamando la misma causa vencida en Saxsahuaman, puso en peligro durante trece meses el poder de la Real

Audiencia. Derrotado Giron, fué conducido prisionero á Lima y colocada su sangrienta cabeza en la Plaza Mayor, en medio de dos postes en que estaban las de Gonzalo Pizarro y Francisco de Carbajal.

Cerca de sesenta años habían trascurrido desde el horrible drama de Saxsahuaman. Un descendiente de San Francisco de Borja, duque de Gandía, el virey-poeta, príncipe de Esquilache, gobernaba el Perú en nombre de Felipe III. No sabemos si cumpliendo órdenes regias ó bien por rodear de terroroso prestigio el principio monárquico, hizo que el 1º de Enero de 1617, y con gran ceremonial, se colocase en el solar del maestre de campo la siguiente lápida:

REYNANDO LA MAG. DE PHILIPO III. N. S. AÑO D 1617 *EL EXMº SEÑOR D. FRANCYSCO D BORJA PRINCIPE D ESQVILACHE VIREY D ESTOS REYNOS MANDO RREEDIFICAR ESTE MARMOL QVE ES LA MEMORIA DEL CASTIGO QVE SE DIO A FRANCISCO DE CARBAJAL MAESSE DE CAMPO DE GONZALO PIZZARRO EN CUYA COMPANIA FVE ALEVE Y TRAIDOR A SV REY Y SENOR NATURAL CVYAS CASSAS SE DERRIVARON Y SENBRARON DE SAL. AÑO DE* 1548. *Y ESTE ES SV SOLAR.*

Está lápida, que nuestros lectores pueden examinar para convencerse de que, al copiarla hemos cuidado de conservar hasta los errores ortográficos, se encuentra hoy incrustada en una de las paredes del salon de la Biblioteca Nacional. Pero, algunos años despues, un deudo de Carbajal la hizo desaparecer de la esquina de la calle de los Gallos, hasta que un siglo mas tarde, en 1645, fué restaurada por el virey marqués de Mancera, como lo prueban las siguientes líneas que completan la del salon de la Biblioteca:

DESPUES RREYNANDO LA MAG. DE PHI LIPO IIII. N. S. EL EXMº S. D. PEDRO D. TOLEDO Y LEYVA MARQVES D MANCE RA VIRREY DE ESTOS RREINOS GENTIL HOMBRE DE SV CAMARA Y D SV CONSE JO D GUERRA ESTANDO ESTE MARMOL OTRA VES PERDIDO LE MANDO RRENO VAR. AÑO D 1645.

Cuando el Perú conquistó su independencia, perdió su nombre la calle del Mármol de Carbajal. Los hijos de la república no podíamos, sin mengua, ser copartícipes de un ensañamiento que no se detuvo ante la santidad de la tumba.

***

Para que los lectores de esta sucinta

biografía formen cabal concepto del hombre que, así en las horas de la prosperidad como en las del infortunio, fué leal y abnegado servidor del muy magnífico don Gonzalo Pizarro, vamos á presentarles en una docena de tradiciones históricas, cuanto de original y curioso conocemos sobre el carácter y acciones del popular DEMONIO DE LOS ANDES.

TRADICIONES.

I.

LOS TRES MOTIVOS DEL OIDOR.

El 27 de Octubre de 1544 estaban los vecinos de Lima que no les llegaba la camisa al cuerpo. Y con razon, eso sí.

Al levantarse de la cama y abrir puertas para dar libre paso á la gracia de Dios, se hallaron con la tremenda noticia de que Francisco de Carbajal, sin ser de nadie sentido, se habia colado en la ciudad con cincuenta de los suyos, puesto en prision á varios sujetos principales tildados de amigos del virey Blasco Nuñez, y á ahorcado, no como quiera á un par de pobres diablos, sino á Pedro del Barco y Machin de Florencia, hombres de fuste, y tanto que fueron del número de los pri-

neros conquistadores, es decir, de los que capturaron á Atahualpa en la plaza de Cajamarca.

Carbajal previno caritativamente á los vecinos de Lima que estaba resuelto á seguir ahorcando prójimos y saquear la ciudad, si esta no aceptaba por Gobernador del Perú á Gonzalo Pizarro quien, con el grueso de su ejército, se encontraba esperando la respuesta á dos leguas de camino.

Componian, á la sazon, la Real Audiencia, los licenciados Cepeda, Tejada y Zárate; pues el licenciado Alvarez habia huido el bulto y declarádose en favor del virey.

Asustados los Oidores con la amenaza de Carbajal, convocaron á los notables en Cabildo. Discutióse el punto muy á la ligera, pues no habia tiempo que perder en largos discursos ni en flores de retórica, y extendióse acta reconociendo á Gonzalo por Gobernador.

Cuando le llegó turno de firmar al Oidor Zárate que, segun el Palentino, era un viejo chocho, empezó por dibujar una † y bajo de ella, antes de estampar su garabato, escribió: — *Juro á Dios y á esta † y á las palabras de los Santos Evangelios que firmo por tres motivos: por miedo, por miedo y por miedo.*



Vivia el Oidor Zárate en compañía de una hija, doña Teresa, moza de veinte Mayos muy lozanos, linda desde el zapato á la peineta, y que traía en las venas todo el ardor de su sangre andaluza, causa más que suficiente para barruntar que el estado de doncellez se la iba haciendo muy cuesta arriba. Añada usted que la chica no leía otros libros que *Vidas de Santos* que, tengo para mí, que son la más pecaminosa de las lecturas. Vidas hay escritas con tal desenfado en la frase y lubricidad en las imágenes que más que á la literatura mística, pertenecen á la literatura de burdel.

La muchacha, cosa natural en las rapazas, tenía su quebradero de cabeza con Blasco de Soto, alférez de los tercios de Carbajal, quien la pidió al padre y vió rechazada la demanda, que su merced quería para marido de su hija hombre de caudal saneado. No se descorazonó el galan con la negativa y puso su cuita en conocimiento de Carbajal.

—¡Cómo se entiende!—gritó furioso don Francisco—¡Un Oidor de mogiganga desairar á mi alférez, que es un chico como unas perlas!—Conmigo se las habrá el abuelo. Vamos, galopin, no te atortoles que ó no soy Francisco de Carbajal ó ma-

ñana te casas. Yo apadrino tu boda y basta. Duéleme que estés de veras enamorado; porque has de saber, muchacho, que el amor es el vino que más presto se avinagra; pero eso no es cuenta mia sino tuya, y tu alma tu palma. Lo que yo tengo que hacer es casarte, y te casaré como hay viñas en Jerez, y entre tú y la Teresa multiplicareis hasta que se gaste la pizarra.

Y el maestre de campo enderezó á casa del Oidor y, sin andarse con dibujos de escolar, pidió para su ahijado la mano de la niña. El pobre Zárate se vió comido de gusanos, balbuceó mil excusas y terminó dándose á partido. Pero cuando el notario le exigió que suscribiese el consentimiento, lanzó el buen viejo un suspiro, cogió la pluma de ganso y escribió:—*Conste por esta señal de † que consiento por tres motivos: por miedo, por miedo y por miedo.*



Así llegó á hacerse proverbial en Lima esta frase:—*los tres motivos del oidor*— frase que hemos recogido de boca de muchos viejos, y que vale tanto como aquella de las noventa y nueve razones que alegaba el artillero para no haber hecho una salva:—razon primera, no tener pólvora—

guárdese en el pecho las novénta y ocho restantes.

A poco del matrimonio de la hija, cayó Zárate gravemente enfermo de disentería y, en la noche que recibió la extremauncion, llegó á visitarlo Carbajal, y le dijo:

—Vuesamerced se muere porque quiere. Déjese de galenos y bébase, en tisana, una pulgarada de polvos de cuerno de unicornio, que son tan eficaces para su mal como huesecito de santo.

—No, mi señor don Francisco—contestó el enfermo—me muero, no por mi voluntad, sino por tres motivos....

—No los diga que los sé—interrumpió Carbajal, y salió riéndose del aposento del moribundo.

II.

EL QUE SE AHOGÓ EN POCO AGUA.

Dicen los fatalistas que la que está de condenarse desde chiquita no reza, que á cerdo que es para boca de lobo no hay san Anton que lo guarde, y que el que nació para ahogarse pierde el resuello en un charco de ranas.

No parece sino que para dar razon á tal doctrina, matadora del libre albedrío y anatematizada por la Iglesia, hubiera Dios echado al mundo á Juan de Porras,

soldado que acompañó á Pizarro en la proeza de Cajamarca y á quien tocó del tesoro acumulado para rescate de Atahualpa, una partija de ciento ochenta y un marcos de plata, y cuatro mil quinientas cuarenta onzas de oro.

Juan de Porras blasonaba de hidalgo y decia que el escudo de su familia era un perro negro atado á una maza ó porra, en campo de oro. Y ciertamente que esas son las armas de los Porras en todos los libros de heráldica que, por incidencia, hemos consultado.

Corriendo los dias, Juan de Porras, que era de genio inquieto y revoltoso entre los revoltosos, pasóse del bando del marqués al del Adelantado don Diego; y como todos sus compañeros de desdicha, despues de la batalla de las Salinas, tuvo que pasar la pena negra, porque el vencedor dió palo de firme en los vencidos. ¡ Eso sí que fué *argolla* y no la de mi paisano !

Al fin reventó la cuerda y, armada en Lima la tremenda para asesinar á Francisco Pizarro, fué Porras uno de los que, con Juan de Rada, salieron del callejon de los Clérigos en demanda del gobernador. La mayor parte de los conjurados eran de aquella gente, malvada y fanática á la vez, que se persigna, al ir á cometer un crímen, y exclama :—Madre y señora

mía del Cármen, que me salga bien dada esta puñalada, y te ofrezco un cirio de á libra para tu altar.

Gomez Perez, otro de los conjurados, dió un rodeo para no meter los piés en un charco de agua, formado por la ligera lluvia ó garúa con que el invierno se manifiesta en Lima, y Rada lo apostrofó con estas palabras:

—Cargado de hierro, cargado de miedo. Vamos á bañarnos en sangre, y vuesamerced está huyendo de mojarse los piés. Andad y volveos, que no servís para el caso.

Juan de Porras tambien le clavó un puyazo á su compañero:

—Vaya, Gomez Perez, que estais hecho una doña melindres y que el charco se os antoja brazo de mar.

Y trás de echar un taco redondo, puso los piés en mitad del charco, diciendo:

—¡Caracoles! ¡Ahógueme yo en tan poca agua!

—¡Oigate Dios, compadre, y lo que dice tu lengua pague tu gorja!—le contestó Gomez Perez, entre mohino y zumbático; y obedeciendo la órden de Juan de Rada se regresó el muy cobardote al callejon de los Clérigos.

Gomez Perez fué un pícaro de encargo, díscolo, fanfarron y gallina, y que anduvo siempre más torcido que conciencia de es-

cribano. Así lo pintan los historiadores. Pero es preciso convenir en que á veces Dios está con humor de gorja, porque oye hasta las plegarias de los pícaros.

Y si no van ustedes á saber cómo oyó la de Gomez Perez.



Cuando Gonzalo Pizarro, alzado ya contra el virey Blasco Nuñez de Vela, llegó á Lima para recibir de los Oidores y vecinos el nombramiento de Gobernador del Perú, fué uno de sus primeros actos echarse á perseguir á varios de los que, con razon ó sin ella, eran tildados de desafectos á su causa, y entre ellos al capitan Garcilaso de la Vega, quien tomó asilo en el convento de Santo Domingo.

Don Francisco de Carbajal recibió la órden de allanar el convento y no dejar escondrijo sin registro, y para cumplirla acompañóse de Porras y cuatro soldados. Cedamos aquí la palabra al cronista de *Los Comentarios reales*, que él cuenta las cosas sin floreos y mejor de lo que nuestra pluma pudiera hacello. Así no tendrá nadie derecho para decirme que hablo á la birlonga ó sin fundamento.

"Alzó Carbajal los manteles del altar "mayor, que era hueco, y vió á un infeliz "soldado, Rodrigo Nuñez, que tambien

" andaba fugitivo. Mas como no era Gar-
" cilaso, que era al que Carbajal tenía em-
" peño en prender, soltó los manteles di-
" ciendo en alta voz:—no está aquí el que
" buscamos.—En pos de él llegó Porras y,
" mostrándose muy diligente, alzó los
" manteles y descubrió al que ya Carbajal
" había perdonado, y dijo:—aquí hay uno
" de los traidores.—A Carbajal le pesó de
" que lo descubriese y dijo con mal gesto:
" —ya yo lo había visto.—Mas como el
" pobre soldado fuese de los muy culpados
" contra Gonzalo, no pudo excusarse Car-
" bajal de ahorcarlo, sacándolo confesado
" del convento."

" Pero Dios castigó pronto al denun-
" ciante. Tres meses despues salió Po-
" rras á desempeñar una comision en Hua-
" manga. El caballo, que iba caluroso,
" cansado y sediento, se puso á beber en
" un charquillo pequeño donde el mismo
" Porras le guió para que bebiese, y ha-
" biendo bebido se dejó caer en el charco
" y tomó una pierna á su amo debajo, y
" acertó Porras á caer hácia la parte alta
" de donde venía el agua. No pudo salir
" de debajo del caballo ni tuvo maña para
" que éste se levantara, y así se estuvie-
" ron quedos hasta que se ahogó Porras
" con tan poca agua que no llegaba, con
" estar caido, ni al pescuezo del ca-
" ballo. Vinieron otros caminantes, le-

" vantaron el animal y enterraron al ji-
" nete."



Desde entónces quedó por refran, entre los españoles del Perú, el decir, cuando un cristiano se atortola y mete en confusiones por asunto que no es de gravedad ó que tiene fácil remedio:

—¡Eh! No hay que ahogarse en poca agua, como Juan de Porras, refran que era de uso constante en boca de Carbajal.

III.

SI TE DIEREN HOGAZA NO PIDAS TORTA.

Crueldades aparte, es Francisco de Carbajal una de las figuras históricas que más en gracia me han caido.

Como en otra ocasion lo he relatado, nació Carbajal en Rágama (aldea de Arévalo) y el autor de los *Mármoles parlantes* dice, no sé con que fundamento, que fué hijo natural del terrible César Borgia, y, por ende, nieto del papa Alejandro VI. A comprobarse este dato, no habrá ya por qué admirarse de la ferocidad de nuestro hombre, que en la sangre traía los instintos del tigre. La raza no desmintió en él.

Despues de haber militado largamente en España, halládose en la batalla de

Pavía, en el sitio de Rávena y en el saco de Roma *con Borbon por Cárlos Quinto*, como reza el romance, vínose á Méjico, con su querida Catalina Leyton, en la comitiva del virey Mendoza, conde de Tend'ela y marqués de Mondéjar.

Fué Catalina una dama portuguesa, y la única mujer que algun dominio ejercía sobre el Demonio de los Andes. Sin embargo, no la trataba con grandes miramientos; pues habiendo en Arequipa, convidado á comer á varios de sus amigos, estos se excedieron en la bebida y, al verlos caidos bajo la mesa, exclamó doña Catalina:—¡Guay del Perú! ¡Y cuál están los que lo gobiernan! Mas Carbajal atajó la murmuracion de su querida, diciéndola con aspereza:—Cállate, vieja ruin, y déjalos dormir el vino por un par de horitas que en disipandóseles la embriaguez, el que, ménos de ellos es capáz de gobernar no digo el Perú, sino medio mundo.

A la llegada de Carbajal á América encontrábase don Francisco Pizarro en serios aprietos. La sublevacion de indios era general en el Perú; y si los españoles del Cuzco soportaban un tremendo sitio, no era menor el conflicto de los de Lima que veían el cerro de San Cristóbal coronado por un ejército rebelde.

El virey de Méjico, tan luego como tuvo noticia del peligro de sus compatriotas,

dió á Francisco de Carbajal el mando de doscientos soldados aguerridos y, sin perder minuto, lo envió en socorro de los conquistadores. Pero aunque Carbajal llegó al Perú cuando ya la tormenta habia casi desaparecido, no por eso dejó de ser recompensado con profusion.

La liberalidad de Pizarro le conquistó para siempre el cariño de nuestro viejo capitan, que tenía el feo vicio de amar mucho el oro. Y tanto fué el afecto del capitan por el marqués que, puede decirse, que sin él no habría sido vengada la muerte de Pizarro, en la batalla de Chupas, donde, como es sabido, sólo á la pericia militar de Carbajal se debió la victoria contra las entusiastas tropas de Almagro el Mozo.

Cuando vino el primer virey Blasco Nuñez á poner en ejecucion las ordenanzas reales, Carbajal, que acababa de perder á su querida, vendió sus bienes en doce mil castellanos de oro, y se dispuso para regresar á España. Pero el hombre propone y Dios dispone.

Ni en el Callao, ni en Nasca, Quilca y otros puertos de la costa, encontró don Francisco navío listo para conducirlo á la Península. Fué entónces cuando, en un arrebato de rabia, exclamó:—Pues que tierra y mar no consienten que en tal coyuntura pueda yo escapar de esta madri–

guera, juro y prometo que de aquí para siempre jamás, hasta que el mundo se acabe, ha de quedar en el Perú memoria de Francisco de Carbajal.

¡Y vaya si dejó nombre!

Basta leer al Palentino ó cualquiera otro de los que sobre las guerras civiles de los conquistadores escribieron, para que se le ericen á uno los cabellos ante la sangre fria y el desparpajo con que Carbajal cortaba pescuezos, no diré á hombres de guerra, que al fin en ellos es merma del oficio el morir de mala muerte, sino hasta á frailes y mujeres.

Carbajal es una especie de ogro, un tipo legendario, un hombre enigma. En nuestra historia colonial no hay figura que más cautive la fantasía del poeta y del novelista. Grande y pequeño, generoso y mezquino, noble y villano, fué Carbajal una contradiccion viviente. Con sentimientos religiosos que no eran los de su siglo, con una palabra en la que bullían el chiste travieso ó el sarcasmo del hombre descreido, con una crueldad que trae á la memoria los sanguinarios refinamientos de los tiranos de la Roma pagana, hay que admirar en él su abnegacion y lealtad por el amigo y la energía de su espíritu. Celoso de la disciplina de sus soldados y entendido y valiente capitan, la victoria fué para él sumisa cortesana.

Sagaz y experimentado político, es seguro que, á haber seguido sus consejos é inspiraciones, en vez de finar en el cadalso, otro gallo le habría cantado al *muy magnífico* señor don Gonzalo Pizarro.



Presentáronle una tarde á Carbajal cuatro soldados españoles, de los que seguían la bandera del virey, y que acababan de caer prisioneros en una escaramuza habida cerca de Ayabaca. Despues de breve interrogatorio á cada uno de ellos, don Francisco, cuya gordura picaba en obesidad, se cruzaba las manos sobre el abultado abdómen y concluía con esta horripilante frase:

—Hermanito, póngase bien con Dios, ya que conmigo no hay forma de composicion.

Quedaba el último de los prisioneros, que era un mancebo de veinte años. Por supuesto, que el pobrete, viendo que iban á peinarles las barbas á sus tres compañeros, ponía la suya en remojo.

—¿Cómo te llamas, buena alhaja? le interrogó Carbajal.

—Lopo Betanzos, para servir á su señoría—contestó el soldado.

—¡Betanzos! Apellido es de buena cepa. ¿Y de qué tierra de España?

—De Vitigudino en Castilla.

—Pues sábete, arrapiezo, que el señor tu padre fué el mayor amigo que en mis mocedades tuve, y que algunas bromas corrimos juntos en tiempos del Condestable. El ser hijo de quien eres válete más que el ser devoto de algun santo para que el pescuezo no te huela á cáñamo.

Y, volviéndose á uno de los que lo acompañaban, añadió Carbajal:

—Alférez Ramirez, numere vuesamerced en su compañía á este mozo, si es que de buen grado se aviene á cambiar de bandera.

El prisionero, que motivo tenía para contarse entre los difuntos, se regocijó como el que vuelve á la vida, y dijo de corrido:

—Señor, yo prometo de aquí adelante y juro por mi parte de paraiso servir á vueseñoría y al señor gobernador, y derramar la sangre de mis venas en su guarda y defensa.

—Dios te mantenga en tan honrado propósito, muchacho, y medrarás conmigo, que por venir de quien vienes te quiero como el padre que te engendró.

Y lo despidió dándole una palmadita en la mejilla, con no poco asombro de los presentes, que jamás habían visto al Demonio de los Andes tan afectuoso con el prójimo.

Pero condenada estrella alumbraba á Lope Betanzos; porque alentado con las muestras de cariño que le dispensara don Francisco, no giró sobre sus talones sino que, permaneciendo como clavado en el sitio, se atrevió á decir:

—Pues tanta merced me hace su señoría quisiera que, para que mejor pueda llenar mi obligacion, mande que se me devuelva mi caballo, siquiera para que pueda alzar los piés del suelo.

Nunca tal deseo formulara el infeliz. A Carbajal se le inyectaron los ojos, y murmuró con voz ronca:

—¡Hola! ¡Hola! ¿Dánle hogaza y quiere torta? Ya te lo dirán de misas, bellaco. Eres como el abad de Compostela, que se comió el cocido y aun quiso la cazuela.

Y volviéndose al negro que cerca de él ejercía funciones de verdugo, añadió:

—Mira, Caracciolo, ahórcame luego á este barbilindo y sea de un árbol, y de manera que tenga los piés bien altos del suelo, todo cuanto él sea servido.

Lope Betanzos quiso reparar su imprudencia, y lleno de tribulacion repuso:

—Perdóneme vueseñoría que yo le seguiré á pié y aun de rodillas; porque de la suerte que vueseñoría manda no querría yo alzar los piés del suelo.

Pero Carbajal le volvió la espalda, murmurando:

—¿Habráse visto tozudo? La cuerda lo hará discreto.

Y se alejó canturreando una de sus tonadillas favoritas:

> Mi comadre, mi comadre la alcaldesa,
> Nunca en la suya, siempre en mi mesa,
> Y cada año me endilga un ahijado.
> ¡Qué compadre tan afortunado!

IV.

COMIDA ACABADA, AMISTAD TERMINADA.

Tres meses ántes de la batalla de Yñaquito, en que tan triste destino cupo al primer virey del Perú, habían los partidarios de Gonzalo Pizarro puesto preso, en la cárcel de San Miguel de Piura, al capitan Francisco Hurtado, hombre octogenario, muy influyente y respetado, vecino de Santiago de Guayaquil, y entusiasta defensor de la causa de Blasco Nuñez.

Cuarenta dias llevaba el capitan de estar cargado de hierros y esperando, de un momento á otro, sentencia de muerte, cuando llegó á Piura Francisco de Carbajal, en marcha para abrir campaña contra Diego Centeno que en Chuquisaca y Potosí acababa de alzar bandera por el rey.

El alcalde de Piura, acompañado de los cabildantes, salió á recibir á Carbajal y,

por el camino, lo informó, entre otras cosas, de que tenía en chirona, y sin atinar á deshacerse de él, al capitan Hurtado.

—¡ Mil demonios !—exclamó furioso don Francisco.—¡Ah, señor Martinez! So cabello rubio buen piojo rabudo. ¡ Y qué poco meollo para oficial de justicia tiene vuesamerced ! Bien podía hacerle una punta á la vara que lleva y tirársela á un perro. ¡ Cargar de hierros á todo un vencedor en Pavía ! ¡ Habrá torpeza ! ¡Por vida de mi señor don Gonzalo, que no sé cómo no hago una alcaldada con el alcalde de monterilla ! Corra vuesamerced, y deje libre en la ciudad al capitan Hurtado, que es muy mi amigo, y juntos militamos en Flandes y en Italia, y no es Francisco de Carbajal el alma de chopo que consiente en el sonrojo de hombre que tanto vale. ¡ Voto vá ! ¡Por los gregüescos del Condestable !

Y ante tal tempestad de exclamaciones iracundas, el pobre alcalde escapó, como perro en juego de bolos, diciendo para sí:

—Eran lobos de una camada, no haya miedo que se muerdan. Allá se avengan, que en salvo está el que repica.

Cuando Carbajal entró en Piura ya estaba en libertad el prisionero, quien se encaminó á la posada de su viejo conmiliton para darle las gracias por el servicio que le merecía. El maestre de campo lo

estrechó entre sus brazos, manifestóse muy contento de ver, tras largos años, á su camarada de cuartel, hicieron alegres reminiscencias de sus mocedades y, por fin, llegada la hora de comer, sentáronse á la mesa, en compañía del capellan, dos oficiales y cuatro vecinos.

Ni Hurtado, ni Carbajal trajeron para nada á cuento las contiendas políticas del Perú. Bromearon y bebieron á sus anchas, colmando el maestre de agasajos á su comensal. Los dos viejos parecían, en sus expansivas manifestaciones de afecto y de alegría, haberse desprendido de algunas canas. Aquello sí era amistad, y la de Orestes y Pílades pura pampirolada.

Cuando, despues de dos horas de banquete y de pronunciar la obligada frase con que nuestros abuelos ponían término á la masticacion—que aproveche, como si fuera leche—un doméstico retiró el mantel, la fisonomía de Carbajal tomó aire pensativo y melancólico. Al cabo, y como quien despues de meditarla mucho ha adoptado una resolucion, dijo con grande aplomo:

—Señor Francisco Hurtado, yo he sido siempre amigo y servidor de vuesamerced y, como tal amigo, le mandé quitar prisiones y sacar de la cárcel. Francisco de Carbajal ha cumplido, pues, para con Francisco Hurtado las obligaciones de amigo y de

camarada. Ahora, es menester que cumpla con lo que debo al servicio del Gobernador mi señor. ¿No encuentra vuesamerced fundadas mis razones?

—Justas y muy justas, tocayo,—contestó Hurtado, imaginándose que el maestre de campo se proponía, con este preámbulo, inclinarlo á cambiar de bandera ó, por lo ménos, á que fuese neutral en la civil contienda.

—Huélgome — continuó Carbajal — de oirlo de su boca, que así desecho escrúpulos. Vuesamerced se confiese, como cristiano que es y capellan tiene al lado, que yo, en su servicio, no puedo hacer ya más que mandarle dar garrote.

Y Carbajal abandonó la sala, murmurando:

—Cumplí hasta el fin con el amigo, que buey viejo hace surco derecho. Comida acabada, amistad terminada.

V.

El sueño de un santo varon.

Llegados eran para el muy magnífico don Gonzalo Pizarro los dias en que su prestigio y popularidad principiaran á convertirse en humo. Sus partidarios más entusiastas, los hombres más comprometidos en la rebeldía, eran los primeros en la desercion. Hasta Menocal el ballestero,

un valiente de embeleco que, ocho días ántes, dijera en pleno festin :—descreo en Dios si Dios no está con Gonzalo—había puesto piés en polvorosa y presentádose á La Gasca.

Para impedir que la desmoralizacion cundiera como aceite en pañizuelo, creyó Francisco de Carbajal oportuno dictar medidas terroríficas. Pena de la vida al soldado que, sin su permiso, enfrenase el caballo; pena de la vida al que vagase por los arrabales de la ciudad; pena de la vida al que murmurase de sus jefes; y, en una palabra, los pizarristas no ganaban para sustos, pues menudeaban las ordenanzas que les ponían la gorja en peligro de intimar relaciones con la cuerda de cáñamo.

Una mañana despertaron á Carbajal para avisarle que cuatro soldados habían sido detenidos fuera de los arrabales de Lima, lo que hacía sospechar en ellos propósito de pasarse al campo enemigo. Vistióse de prisa el maestre de campo, y acompañado del verdugo y una manga de piqueros, dirigióse al sitio donde estaban los presos.

Por el camino vió á un jóven alférez que marchaba por la calle con las espuelas calzadas y que procuró esquivar el importuno encuentro, perdiéndose tras una esquina.

—Venga acá, señor Martin Prado—le gritó Carbajal—¿Dónde bueno tan con el alba?

—De paseo, señor Francisco de Carbajal—contestó con lengua estropajosa el interpelado.

—Elvirita de Meneses, cáscame acá esas nueces!—murmuró don Francisco, expresando su incredulidad con ese refrancillo, y luego añadió en voz clara:—¿Y para respirar el fresco aire de la mañana acostumbra usarced calzarse las espuelas? Por el alma del Condestable, que ó el olfato me engaña ó el señor Martin Prado trasciende á felon y tejedor.

La palabra *tejedor*, que despues se ha generalizado aplicándola á los que no juegan limpio en política, era de uso en boca de Carbajal cuando hablaba de aquellos que, en esa guerra civil huían de comprometerse, pensando sólo en la manera de quedar bien con el que resultase vencedor, ora fuese San Miguel, ora el Demo nio. Conste así para que nadie, ni la Real Academia de la Lengua, dispute á Carbajal el derecho de propiedad sobre la palabrita.

Y continuó don Francisco, interrumpiendo al alférez, que principiaba á balbucear una disculpa:

—Sígame el buen mozo, y por el camino acabarémos el ajuste de cuentas, que muy

limpias han de ser para que yo le otorgue saldo y finiquito. Ya verémos si vuesamerced es tinaja de agua para estarse serenando.

Y Carbajal empezó á canturrear el estribillo jacarandino de la *zarabanda*, bailecito muy á la moda en España entre las sirenas del respingon y doncellitas contrahechas:

Bullí, bullí, zarabullí,
Que si me gané, que si me perdí,
Que si es, si no es, si no soy, si no fuí,
Por acá, por allá, por aquí, por allí.

Martin Prado púsose al lado de Carbajal y, durante la travesía hasta Cocharcas, fué dando sus descargos, fundados en una vulgar historia de amoríos con una casada, devaneo que lo ponía en el compromiso de trasnochar; pero don Francisco encontraba tan soso el cuento que, de rato en rato, se detenía, miraba á Prado á los ojos, como si en ellos leyera, y luégo proseguía el viaje, murmurando:

—Bueno va el canticio, seor galan...Tejer amores adúlteros ó tejer traiciones, todo es tejer.... pero no hay tús-tús á perro viejo. Andallo, andallo, que fuí pollo y ya soy gallo.

Las disculpas del pobre alférez no eran de las que podían hallar cabida en un hombre como el maestre de campo, que no

era ningun bobo cuatralvo y regoldon, y para quien ni las necesidades premiosas de la naturaleza eran excusa legítima, estando de por medio la rigidez de la disciplina. Así refiere un cronista que, en cierta marcha, separóse un soldado de las filas y escondióse, por breve rato, trás de una roca, urgido por la violencia de un dolor de tripas. Violo don Francisco, mandó hacer alto á la tropa, cruzó la pierna sobre la cabeza de su mula y esperó con toda pachorra á que el soldado, libre ya de su fatiga, volviese á ocupar su puesto. Carbajal lo despojó entonces de armas y caballo, y lo despidió del servicio militar, diciéndole:

—Castígote así, ¡voto á tal! porque no eres para el oficio sino para fraile, que el buen soldado del Perú ha de comer un pan en el Cuzco y... echarle en el Titicaca.

En poder de hombre tal estaba, pues, irremediablemente perdido Martin Prado.

Llegados al sitio donde se encontraban, amarrados á un tronco, los cuatro prófugos, dijo Carbajal al verdugo:

—Cuélgame de ese árbol á estos pícaros y, en concluyendo con ellos, harás la misma obra con este hidalgo, ahorcándolo en la rama más alta, que algun privilegio ha de tener el alférez sobre los soldados.

Martin Prado se deshizo en súplicas, y convencido de que su jefe no lo escucha-

ba, terminó por pedir que siquiera se le diese un confesor.

—No se apure por eso, señor alférez— le contestó Carbajal—que mancebo es y escasa ocasion de pecar habrá tenido. Rece un credo, que para los pocos pecados que tendrá en la alforja yo los tomo por mi cuenta, cierto de que no añadirán gran peso al bagaje de los mios. ¡Ea! Acabemos y sepa morir como hombre, que de mujerzuelas es, y no de barbados, eso de andar haciendo a cos á la muerte. Conmigo no vale dar puntada sobre puntada como sastre en víspera de páscua.

Y, sin más ni ménos, el verdugo colgó de la rama más alta al infortunado alférez.

Luego, volviéndose hácia el oficial que había estado al cargo de los presos, y á quien Carbajal tenía sus motivos para no creerlo muy leal, dijo con aire entre amenazador y zumbático:

—Señor Alonso Alvarez, roguemos á Dios muy de corazon que se contente con la migajita que acabo de ofrecerle.

En seguida, Carbajal tendió su capa, que era de paño veintidoseno de Segovia, al pié del árbol, donde se balanceaban los cinco ahorcados, y acostóse sobre ella, murmurando:

—¡Buen madrugon me he dado! Pues, señor, á gentil sombra estoy para echar un sueño.

Bostezó, hizo la cruz sobre el bostezo, y se quedó dormido con el sueño de un bienaventurado que no trae sobre la conciencia ni el remordimiento de haber dado muerte á una pulga.

VI.

Los postres del festin.

Gran banquete daba en el palacio de Lima el muy magnífico señor don Gonzalo Pizarro.

Pero, ántes de ir á la mesa, se reunieron en el salon hasta sesenta de los personajes más comprometidos en la causa rebelde. Allí estaban, entre otros, don Antonio de Rivera, Francisco de Ampuero, Hernan Bravo de Lagunas, Martin de Robles, Alonso de Barrionuevo, Paez de Sotomayor, Gabriel de Rojas, Lope Martin, Benito de Carvajal y Martin de Almendras, gente toda principal y que, ántes de quince dias, debia decir á la vuelta lo venden tinto, voltear casaca y traicionar á su caudillo. Allí estaba tambien el capitan Alonso de Cáceres (¡ gran traidor !) quien besando á Pizarro en un carrillo le dijo: —¡Oh príncipe del mundo! ¡Maldito el que te niegue hasta la muerte!

Gonzalo quería poner en conocimiento de ellos pliegos importantes de Gasca, oir

consejo y sondear el grado de devocion de sus capitanes. Gasca prometía amplio perdon á Gonzalo y sus secuaces.

Terminada la lectura de los pliegos, el licenciado Cepeda, que no era ningun necio de pendon y caldera sino un pícaro muy taimado, dijo:

—Pues ven vuesamercedes el trance, dé cada uno con franqueza su parecer y voto, que el señor gobernador promete, como caballero hijodalgo, de no tocarlo en persona ni hacienda. Empero, mire bien, cada uno lo que para despues prometa y jure; pues, el que quebrante la fe ó ande tibio en los negocios de esta guerra, de pagarlo habrá con la cabeza.

Cuando calló Cepeda, reinó por varios minutos el más profundo silencio. Ninguno de los asistentes osaba ser el primero en expresar su opinion. Al fin Francisco de Carbajal, viendo el general embarazo, dijo:

—Pues todos callan, seré yo el que pongo el paño al púlpito y lleve el pato al agua. Paréceme, señores, que esas bulas son buenas y baratas, y que vienen preñadas de indulgencias, y que las debe tomar el gobernador mi señor, y echárnoslas nosotros encima, y traerlas al cuello á guisa de reliquias. Por las bulas estoy y he dicho. Cruz y cuadro.

Miráronse unos á otros los de la junta, maravillados de oir tan pacíficos conceptos en boca del Demonio de los Andes, que, por esta vez, habló con sinceridad y, sobre todo muy razonablemente.

El oidor Cepeda, recelando que la mayoría de los capitanes se inclinase en favor de la opinion de Carbajal, se apresuró á contestar:

—Dios me perdone la especie; pero se me figura que el maestre de campo empieza á haber miedo del cleriguillo.

Carbajal brincó del escaño, que la cólera se le había subido al campanario, puso la mano en la empuñadura de su daga, y con voz airada gritó:

—¡Miedo! ¡Miedo yo! ¿Quién lo dice?

Pero luego, reportándose, continuó con su habitual tono de burla:

—Mejor es tomarlo á risa. He dado mi parecer y voto sin encontrar sacristan de amén que conmigo sea. Pero no tomaré las bulas, así me prediquen frailes descalzos, si todos mis amigos no las toman. Por lo demás, soy la última palabra del credo, y tan buen palmo de pescuezo tengo yo para el cabestro como el señor licenciado. Siga el carro por el pedregal, y venga lo que viniere. Cruz y cuadro. He dicho.

Y se puso á canturrear esta tonadilla.

Bien haya la niña,
Pues la van á ver
Dos paternidades
Y un vuesamerced.

Y con esto terminó la junta, deshaciéndose todos, ménos el capitan Diego Tinoco, en protestas de adhesion á Gonzalo y juramentos de morir en la demanda. Al oirlos, Carbajal murmuraba entre dientes:

—Si como adoban guisan, bien andamos; pero ya saldremos con que se espantó la muerta de la degollada. Más puños y ménos palabras quisiera yo.

Hallábanse los comensales á mitad de comida cuando un paje se aproximó á Gonzalo, hablóle al oido y le entregó una carta. Pizarro la pasó á Carbajal, diciéndole muy quedo:

—Lea vuesamerced y haga justicia, que en esta mesa hay un Judas.

Carbajal se impuso del papel, quedóse pensativo, y luego, como quien ha tomado una resolucion, se levantó, tocó ligeramente en la espalda al capitan Tinoco, y le dijo:

—Sígame vuesamerced, pues tengo que hablarle cuatro razones al alma.

Levantóse el convidado, salió con Carbajal, y ambos se entraron en uno de los aposentos de palacio.

Las libaciones menudeaban y el ban-

quete crecía en animacion. Todos brindaban por las glorias futuras de Gonzalo Pizarro, su caudillo, su amigo.

Y casi todos los que brindaban iban muy pronto á ser desleales con el amigo, traidores con el caudillo.

Si Shakespeare hubiera oido aquellos bríndis, habría repetido indignado su famoso apóstrofe:—*¡words! ¡words! ¡words!*

Un cuarto de hora despues regresaba Carbajal al comedor trayendo una gran fuente cubierta, la que colocó en el centro de la mesa, diciendo:

—A sazon llegan los postres. Destape vuesamerced.

Martin de Robles levantó la tapa de la fuente y todos, ménos Gonzalo, lanzaron un grito de horror.

Allí estaba sangrienta, casi palpitante, la cabeza del capitan Diego Tinoco.

VII.

LAS HECHAS Y POR HACER.

Andaba Francisco de Carbajal en persecucion del capitan Diego Centeno y cogiendo prisioneros á los rezagados que éste, en su precipitada fuga hácia Quilca, iba dejando.

Una mañana trajéronle sus exploradores dos de los soldados de Centeno.

Era el uno hombre de marcial y noble aspecto; y el otro, reverso de la medalla, mellado de un ojo y lisiado de una pierna, parecíase á Sancho Panza en lo ruin de la figura.

Carbajal procedía siempre sumariamente con los prisioneros. Un par de preguntas, y lo demás era tarea del verdugo.

En esta ocasion, empezó el Demonio de los Andes por interrogar al hidalgo y terminó por sentenciarlo. El prisionero, sin revelar una debilidad indigna, protestó con estas palabras:

—Guárdeme Dios, señor Carbajal, de una felonía, y no me dice la conciencia que la haya cometido para merecer la muerte á que vueseñoría me condena. En estas guerras de españoles contra españoles empecé sirviendo al rey, sin cambiar nunca de bandera.

—Entiendo—contestó Carbajal con su habitual ironía—que vuesamerced quiere dejar á sus herederos una ejecutoria limpia, y sepa que lo ahorco por hacerle favor; pues siendo vuesamerced tan leal servidor de su majestad, el rey habrá de reconocerlo así y premiará en los hijos el mérito del padre. Desengáñese que, muriendo, hace buena obra en provecho de los suyos y que de agradecérsela hán. Con que así, siga á este hombre, rece un credo *cimarron* y déjese matar sin hacer ascos.

Volviéndose luego al otro soldado le preguntó:

—¿Cómo te llamas, abejorro?

—Cosme Hurtado para servir á Dios y á vueseñoría—contestó el de la ruin estampa.

Carbajal, al oir el apellido, soltó una estrepitosa carcajada y dijo:

—¡Hurtado! ¡Hurtado! Por el alma del Condestable! Vaya un posma que no lo ví más feo en cuanto de la cristiandad tengo visto! Nómbrase *hurtado* y no es bueno ni para *hallado*.

Y luego continuó:

—¿Cuál es tu oficio?

—Curanilero.

—Cierto que, por la facha, eres más súcio que un emplasto entre anca y anca. ¿Y á muchos curas?

—Cúralos Dios, que no yo.

—Agudo eres, bribon, y eso te salva, que siempre gusté de hombres despiertos. Tómote á mi servicio para que cures las caballerías de mi escuadron, y ten presente que te perdono las hechas y por hacer.

—Vengo en ello, que vueseñoría me cautiva con su generosidad perdonándome *las hechas y por hacer*—recalcó el homólogo de Sancho.

***

Corriendo los meses, volvió Centeno á

tomar la ofensiva y se presentó en Huarina con más de mil hombres aparejados para la batalla. Carbajal, cuyas fuerzas no excedían de la mitad, se dispuso tambien para el combate, confiando no en el número, sino en la mejor disciplina y armamento de los suyos.

Apesar de las precauciones que el aguerrido maestre de campo adoptara, no pudo impedir que algunos descontentos se fugasen, la víspera de la batalla, al campo enemigo; y entre ellos encontróse Cosme Hurtado, antiguo soldado de Centeno.

Comprometida la batalla, Carbajal dió á sus doscientos arcabuceros esta voz de mando (que literalmente copiamos de varios cronistas):

—Hijos mios, no apurarse en hacer fuego, gastando en balde pólvora y plomo, y puntería á los c....s.

Y tan acertada fué la órden, que á la primera descarga quedaron fuera de combate ochenta realistas, y el pánico se apoderó de sus filas.

Perdida, pues, por Centeno la batalla, cayó nuevamente prisionero el albéitar Cosme Hurtado. Cuando lo llevaron á presencia de Carbajal, éste lo cogió de una oreja diciéndole:

—¡Hola, pícaro! Hoy te ahorco.

—No puede ser, señor don Francisco, que vueseñoría es hombre de palabra y

empeñada la tiene para dejarme con vida —contestó con desparpajo el prisionero.

—¡Mientes por mitad de la barba, belitre!

—Sean jueces estos caballeros. Vueseñoría me dijo un dia en público, y testificarlo han más de ciento, que me perdonaba *las hechas* y *por hacer*. Ahora, si vueseñoría quiere olvidarlo, ahórqueme en hora buena, que mala será para su fama, sobre la que echará el feo borron de no haber honrado su palabra.

—¡Miren por dónde se apea el bellaco! —murmuró Carbajal.—Y lo peor es que dice cierto, y que resguardo tiene en mi palabra de caballero.

Y el Demonio de los Andes, recelando que Hurtado tuviera en el estuche otras *por hacer*, lo puso en libertad, permitiéndole que fuera á unirse con los realistas que, al mando del licenciado La Gasca, se aproximaban ya á Andahuaylas.

Los españoles de aquellos tiempos, por depravados y descreídos que fuesen, llevaban hasta la exageracion el cumplimiento de la palabra empeñada. Por esto se inventó, tal vez, el refran que dice:— "Al toro por las astas y al hombre por la palabra."

VIII.

MALDICION DE MUJER.

Pacificado, en apariencia, el Perú con la muerte de Almagro el Mozo, encomendó Vaca de Castro á los capitanes Diego de Rojas, Felipe Gutierrez y Nicolás de Heredia, la conquista de Tucuman y Salta. Doscientos soldados se alistaron entusiastas para acometer esta arriesgada empresa, que duró más de tres años, y en la que los expedicionarios tuvieron que sostener muy sangrientas batallas con los indios y pasar hambre, miseria y peligros sin cuento.

Muerto Diego de Rojas, que llevaba el cargo de gobernador, á consecuencia de una leve herida de flecha emponzoñada, vino la discordia á enseñorearse del campo español y la mayoría resolvió deshacerse de Francisco Mendoza, valiente mancebo á quien Rojas dejara la herencia del mando, con agravio de Gutierrez y de Heredia.

Empeñáronse algunos de los conquistadores en que Mendoza obsequiase con un caballo de que no hacía uso á Diego Alvarez, soldado que gozaba entre ellos de gran prestigio; pero á quien el gobernador tenía sus motivos para tratar con de-

sapego. Contestó, pues, negativamente á los pedigüeños, y agregó en tono de burla:

—Mal dueño tendría el caballo, que Diego Alvarez duerme mucho y, por dormir, no habría de cuidarlo.

Refirieron el dicho á Alvarez quien se ofendió tanto que, en el acto, organizó la conspiracion; y dos noches despues, acompañado de tres de sus amigos, entraba en la tienda del gobernador. Este dispertó al ruido y preguntó sin alarmarse:

—¿ Quién anda ahí ?

—Quién ha de ser, señor don Francisco, sino Diego Alvarez que no duerme cuando no há menester dormir.

Y sin dar tiempo á que Mendoza saltase del lecho lo mató á puñaladas.

Aunque Nicolás de Heredia no había tenido arte ni parte en el motin, fué proclamado gobernador y, para evitar desastres, tuvo mal su grado que aceptar el cargo. Resolvió entónces volver al Perú, y con los ciento cincuenta hombres que lo seguían púsose en Santa Cruz de la Sierra, á órdenes de Lope de Mendoza, que acababa de alzar bandera contra Gonzalo Pizarro.

La historia conoce bajo el nombre de *los de la Entrada* á estos bravos soldados, calificando de heroícos su valor y sufrimientos. Y no sólo ellos sino hasta sus mujeres realizaron verdaderas hazañas,

que por tales tomamos lo que escriben los cronistas de Leonor de Guzman, esposa del alférez Hernando Carmona, de Clara Enciso, compañera de Felipe Gutierrez, y de Mari-Lopez, la querida entonces y mujer más tarde de Bernardino de Balboa. Ocasion hubo en que, miéntras los hombres andaban diseminados buscando víveres, las mujeres defendieron el campamento batiéndose vigorosamente con los indios.



Francisco de Carbajal hallábase en Quito con Gonzalo Pizarro cuando se tuvo noticia de que Diego Centeno y Lope de Mendoza habían, en Arequipa, proclamado la causa del rey. Pizarro ordenó entónces á su maestre de campo que, con trescientos hombres, se dirigiese sobre los enemigos, sin darles tiempo para que organizasen elementos de resistencia.

Fué en esta campaña, prodigiosa por la rapidez de las marchas, donde Carbajal ostentó todas sus admirables dotes militares, conquistándose la reputacion de gran capitan. A fuerza de hábiles maniobras estratégicas, derrotó primero á Centeno; y poco despues, en Pocona, territorio de Santa Cruz de la Sierra, tomó prisioneros á Lope de Mendoza y Nicolás

de Heredia que, como todos *los de la Entrada*, se batieron bizarramente.

En esta batalla el mismo Carbajal salió ligeramente herido en un muslo de un tiro de arcabuz, disparado contra él por uno de sus soldados, que se había comprometido con los realistas á matar á su jefe en el fragor del combate. El astuto Carbajal disimuló por el momento, procurando que ninguno de los suyos se apercibiese de lo ocurrido; pues hacerlo público era dar alas á la traicion, con desprestigio propio y de la causa. Mas no por eso renunció á la idea de castigar al delincuente.

Dejó correr una semana y, al cabo de ella, hízose una tarde encontradizo con el soldado traidor y, despues de hablarle afablemente, dióle la comision de ir con pliegos al Cuzco, sin pérdida de minuto. El soldado, que era dueño de algun caudal y que veía la imposibilidad de trasportarlo consigo, le rogó que lo excusase.

Entónces don Francisco, sin revelar pizca de enojo, le dijo:

—Pues, camarada, que no sea lo que yo quiero, que es ir, ni lo que vos quereis, que es quedar, sino que, como entre amigos, se tome un medio que ni vayais ni quedeis. ¿Qué os parece?

—Que me place—contestó el soldado— Vuesamerced discurra.

—Discurrido está. El medio es.....

es..... articuló Carbajal rascándose la punta de la nariz.

—¿Cuál, don Francisco?

—Que venga Cantillana y que lo ahorque sobre tabla; y no me diga el felon que há menester confesarse, que de eso no se le dé nada; que yo tomo por mi cuenta sus pecados, que son muchos y gordos.

Y un minuto despues emprendía el infeliz viaje á la eternidad.

***

Cuando en Pocona le presentaron herido y prisionero á Lope de Mendoza y á su segundo Heredia, díjoles Carbajal:

—¡Hola! ¡Hola! ¿Con que eran vuesa mercedes los malandrines que habían jurado ahorcarme por su mano? Pues ahora vamos á ver quién mata á quién.

Lope de Mendoza y su compañero levantaron con altivez la cabeza y se encerraron en un silencio despreciativo. Al fin, se cansó Carbajal de apostrofarlos, sin obtener de ellos una palabra, y dirigiéndose á la puerta gritó á un oficial que pasaba:

—Alférez Bobadilla, venga acá, si es servido, y mande dar garrote á este par de bellacos, y que les corten la cabeza y tráigamelas, que holgaréme de verlas separadas del tronco.

Cumplida la sentencia, el mismo Dionisio de Bobadilla partió para Arequipa conduciendo las dos cabezas, que debían ser puestas en la picota de la ciudad.

Sabido es que Carbajal queria infinito á su ahijada Juana Leyton, mujer de Francisco Voto, un tunante que traicionó más tarde al padrino pasándose á las filas realistas. Esta Juana era una muchacha portuguesa, hija adoptiva de doña Catalina, la querida que Carbajal trajo al Perú. Juana Leyton fué siempre, cerca del indomable Demonio de los Andes, un ángel que salvó muchas vidas é impidió no pocas atrocidades; pues el maestre de campo no desairó jamás ruego ó empeño de su mimada Juana.

Al saberse en Arequipa la comision que traía Bobadilla, fué Juana Leyton á la posada de éste y le dijo:

—Suplícoos, señor don Dionisio, que me hagais merced de la cabeza de Lope de Mendoza para que yo la entierre lo mejor que pudiere, aunque no sea como ella lo merece. Mirad que de nada os sirve puesta en la picota.

—Duéleme, doña Juana, que no seais por mí servida, que yo ni por Dios ni por sus santos tengo de desobedecer á mi señor don Francisco y arriesgarme á que, en justicia, me descuartice.

Insistió le dama, lloró, ofreció plata y

agotó el arsenal de recursos que, para casos tales, puso el cielo á disposicion de la mujer. Bobadilla era lo que se llama hombre de un sí y de un nó. Cansada de bregar salióse doña Juana del aposento, gritando con aire profético:

—Pues ponla muy en hora buena, que mala será para tí, y poco vivirá quien no la viere quitar, para enterrarla con mucha honra, y poner la tuya en su lugar.

Bobadilla se echó á reir del pronóstico y encaminóse á la picota con el sangriento fardo. Al desenvolver las cabezas, uno de los ayudantes del verdugo hizo un gesto de asco y dijo—¡Puf! ¡Y vaya si apestan!

—Mientes, pícaro,—le interrumpió Bobadilla—que cabezas de enemigos huelen á ambrosía.



Cuando, dos años despues, vencido el muy magnífico Gonzalo Pizarro, cayó prisionero Dionisio de Bobadilla, mandó La Gasca que le cortasen la cabeza y la colocasen en Arequipa en el mismo sitio que había ocupado la de Lope de Mendoza, cuya memoria se honró con una gran misa fúnebre.

La verdad es que una maldicion de mujer es tan atroz como maldicion de gitano;

pues no parece sino que las hijas de Eva tuvieran, á veces, el privilegio de deletrear en el libro del porvenir.

IX.

Un hombre inmortal.

Juan Morales de Abad, natural de Cuenca, en España, era, por los años de 1546, uno de los ciento cincuenta valientes *de la Entrada*. Y tan orgullosos (y con justicia) estaban del mote, que lo añadieron, como título de honor, á su apellido; y así firmaban Diego Perez de la Entrada, Pedro Lopez de la Entrada, etc.

Vencidos por Francisco Carbajal, en Pocona, presentóse el terrible caudillo en la tienda donde estaban heridos nueve de los soldados de la Entrada y les dijo:

—Arreglen vuesamercedes sus cuentas con la conciencia, que el herido, despues de sano, habrá de serme enemigo mayor. Usarcedes, los de la Entrada, gente sois de mucho brío y de grandes humos, y debo andarme con tiento.

Aquellos heroicos soldados no desmintieron su reputacion, y sin humillarse ni exhalar una queja iban entregando el cuello al verdugo.

Tocóle el turno al último de ellos, que era Juan Morales de Abad, el cual tenía

bía dado de alta en sus filas contábanse cuarenta de los *de la Entrada*, que se concertaron en Chuquisaca con algunos de los cabildantes para asesinar al maestre de campo, el dia de San Miguel; empresa que habrían llevado á buen término si, dos horas ántes de la convenida, no hubiera sido denunciada por un soldado, Betanzos.

Don Francisco no se anduvo con piés de plomo para desbaratar el plan, y echóse á hacer prisiones. Por el momento, muchos de los conjurados lograron fugarse; pero los pocos que cayeron fueron sin más fórmula sentenciados á muerte, dándoseles una hora de plazo para prepararse á cristiano fin.

Pocos minutos faltaban para que espirase el término, cuando entró en la tienda de Carbajal el padre Márquez, dominico á quien el maestre estimaba en mucho, acompañado de una mozuela de buenos bigotes, conocida por Mariquita la Culebra.

—Señor, por amor de Dios, que vuesamerced me oiga—dijo el fraile.

—Hable su reverencia—contestó Carbajal.

—Ya sabe vuesamerced—continuó el dominico—que Alonso Camargo es de la tierra del señor gobernador Gonzalo Pizarro, y que es muy servidor de su casa.

Por ende, este de que ahora se le acusa, sin falta levantado es. Suplico á vuesamerced le perdone que de casar há con esta mujer, en lo cual vuesamerced hará buena obra y la sacará de pecado.

Carbajal se fijó entónces en la muchacha, la tomó la barbilla y la dijo sonriendo:

—¡No eres mal bocado, grandísima p.....ícara!

Y volviéndose al intercesor, añadió con sorna:

—Padre, á eso que su reverencia dice quiérole contar un cuento. Ha de saber que, en un pueblo, sucedió á un hombre honrado que quiso matar al corregidor, y que éste prendiólo y, sabida la verdad, condenóle. Y sacándole á justiciar los alguaciles, salió una p..... rójima, muy bellaca y muy sucia y con una cuchilladaza por la cara, dando gritos:—no maten al señor fulano y dénmelo por marido— Y en aquella tierra era ley que cuando una hembra de esa clase pidiese por marido á un condenado á muerte, no le matasen si él quisiese casar con ella; y á los gritos que daba la mujer pararon los alguaciles y dijeron:—señor fulano, casaos con esta mujer y no morireis.—Y él volvió la cabeza, y como la vió y conoció que era de las de cinturon dorado, y como él era hombre honrado y caballero y de tan-

ta presuncion, contestó á los alguaciles :— señores, ande el asno, que no quiero tal mujer.—Así que, padre reverendo, el señor Alonso Camargo, vecino y regidor del Cabildo y merecedor de emparentar con duquesa, ha de decir lo que dijo aquel hombre honrado. Ello no tiene remedio y sin falta morirá, que ya otra vez perdonado lo hube.—Y tú, lárgate, bribona, á pescar sin caña ni anzuelo, que angüila no te ha de faltar miéntras te sobre desvergüenza.

Y Camargo y otros muchos fueron ajusticiados aquel dia.



Juan Morales de Abad, despues de andar una semana sin encontrar quien lo amparase, cayó en manos de la gente despachada en persecucion de los fugitivos. Presentado á Carbajal, arrodillóse ante él pidiéndole gracia é intentó besarle los piés.

—¡Cómo, señor Morales!—le apostrofó don Francisco. ¿No me pudísteis matar y queréisme ahora morder? Pues yo os prometo que, aunque tengais más vida que un gato, habeis de morir esta vez; porque, para que no resuciteis, os harán cuartos y ninguno llevarán al agua. Ya veremos si es obra de romanos el matar á vuesamerced.

Es popular en Chuquisaca la creencia de que, ni aun hechos cuartos, murió Juan Morales; pues en la noche de su suplicio desaparecieron sus restos. De aquí saca el pueblo, como consecuencia, que los cuartos volvieron á juntarse, y que el cuerpo de este pobre diablo pasea de noche, embozado en una capa, por las calles de la ciudad.

X.

¡Ay cuitada! Y ¡guay de lo que aquí andaba!

Que el octogenario y obeso Francisco de Carbajal se pirraba por amontonar tejos de oro, es punto en que todos los cronistas convienen, sin referir de su merced un solo acto de largueza ó desprendimiento. Súplicas ó empeños no influían en su ánimo para que perdonase al enemigo, salvo cuando venían acompañados de argumentos de peso, es decir, de limpios ducados ó barrillas de metal.

A inmediaciones del Cuzco, sorprendió una noche á un rico vecino, cuyo delito no era otro que haber permanecido quieto en su casa, negándose á tomar partido por Gonzalo.

—Hola, seor tejedor—le dijo don Fran-

cisco.—Tejida tiene ya Cantillana la cuerda con que ha de ahorcarle. Que venga el padre Márquez y lo confiese.

El sentenciado que, aunque hombre de espíritu pacífico, no perdió la serenidad, acordóse de que el maestre de campo tenía su lado flaco, y contestó:

—Antes que con el capellan, querría confesar con vueseñoría.

Y acercándose al oido de Carbajal le dijo en voz muy baja:

—Doy dos mil pesos de oro por rescate de mi vida. ¿Acomoda el trato?

Don Francisco guiñó un ojo, en muestra de aceptacion, y volviéndose á los capitanes que lo acompañaban, exclamó:

—¡Loado sea el Señor que ha inspirado á vuesamerced á tiempo para revelarme su secreto! Y, pues disfruta de privilegio de corona, vaya vuesamerced mucho con Dios, y esté seguro que, si somos contra el Rey, no somos contra la Iglesia.

Con estas palabras se propuso Carbajal alejar de los suyos la sospecha del positivo móvil de su inusitada clemencia. ¡Bueno era él para guardar respetos á gente de iglesia, él que habia ahorcado en Ayacucho al padre Pantaleon con el breviario al cuello!

Cuentan de Carbajal que, en el saco de Roma, miéntras sus compañeros andaban á caza de alhajas y disputándose entre

ellos las prendas del botin, don Francisco se ocupaba tranquilamente en trasladar á su posada los protocolos de un escribano. Este, interesado en rescatar su archivo, pagó á Carbajal mil quinientos ducados. La soldadesca, que lo habia calificado de loco porque se apoderó de pergaminos y papeles viejos, tuvo que confesar que procedió con talento, pues nadie logró en el saco de Roma provecho mayor que el obtenido por nuestro Demonio de los Andes. Las monedas del cartulario sirviéronle para trasladarse á México.

Pero los tesoros del avaro Carbajal tuvieron siempre la mala suerte de que otro, y no él, los disfrutase. Así, aunque vencedor en el combate de Pocona, los derrotados cayeron, en su fuga, sobre el equipaje de don Francisco, haciendo cata y cala de los tejos de oro.

Mucho dolióle al maestre de campo este percance, y pasó un mes practicando infructuosas diligencias para recobrar lo perdido. Al cabo recuperó un tejuelo. Veamos cómo.

Dados de alta entre los suyos varios de los vencidos supo que uno de éstos, llamado Pero Hernandez, estaba jugando á la *dobladilla* un tejuelo de oro. En la disciplina de aquellos aventureros, era el juego lícita distraccion para el soldado en las horas que el servicio dejaba libres.

Carbajal que, en el Perú por lo ménos, nunca manejó los dados, encaminóse, paso entre paso, al garito, y entrando de rondon, dijo:

—Jueguen y huelguen los caballeros y estése queda esa moneda, que juro cierto que es muy buena.

Y puso la mano sobre el tejuelo, que pesaba quinientos castellanos, añadiendo alegremente:

—¡Ay cuitada! Y ¡guay de lo que aquí andaba! ¡A las clines, corredor! ¡Ahora, por mi vida, que te va el recuero!

Y despues de pelotear entre las manos la barrilla, como para acabar de convencerse de que era una de las que viajaron en su equipaje, continuó:

—Venga acá, señor Pero Hernandez, que quiérole contar un cuento.

El soldado, que no creía ya su cabeza muy firme sobre los hombros, obedeció al llamamiento.

—Habrá de saber, señor Pero Hernandez, que una honrada dueña quería mucho á su marido, y murióse éste; y un día, barriendo la casa, topó con unas calzas viejas del difunto; y cortando la bragueta púsola en un agujero; y cada vez que barría la casa, cuando llegaba al agujero comenzaba á bailar, cantando:—¡ay, cuitada! y ¡guay de lo que aquí andaba!

Y Carbajal, imitando á la dueña, se

puso á bailar, repicando con el tejuelo y repitiendo el malicioso estribillo.

—Dígame ahora, señor Pero Hernandez, ¿qué es de una carga de oro que estaba con este tejuelo, pues me faltan otros veinte de la familia?

—Señor, yo no lo sé, contestó el soldado —que este tejuelo me tocó en el reparto. En cuanto á los otros, que cada sacristan doble por su difunto, que yo no tengo por qué.

—Pues búsqueme á los hermanos y encuéntrelos, por su vida, ladroncillo de barjuleta.

Y Carbajal salió del garito canturreando muy alegre:—¡ay, cuitada! y ¡guay de lo que aquí andaba!

En cuanto á Pero Hernandez, aquella misma noche tomó el camino del humo, temeroso de que á don Francisco se le antojara más tarde cobrar en su pescuezo el precio de los tejuelos.

XI.

La bofetada póstuma.

Gran soldado y gran caballero fué el capitan Luis Perdomo de Palma, el mallorquin.

Leal á la causa del virey Blasco Nuñez de Vela, gastó cuanto poseía para equipar una compañía de piqueros y sobresalientes; mas, en una ocasion, sus soldados estuvieron á punto de desbandarse, alegando que su capitan les era deudor de pagas cuyo monto subía á mil ducados.

Súpolo Perdomo á buena sazon, y se presentó en medio de los amotinados.

—¿Por qué me quereis dejar?—les dijo. —¿Héos dado motivo de agravio? ¿No os traté siempre como á hijos?

—Perdone vuesamerced — contestó el cabecilla—bueno es servir al rey, moneda sobre moneda; pero ni pizca de gracia nos hace esto de batallar al fiado. Si su majestad nos ha menester, que nos pague la soldada, que vida horra y de ménos peligros trae la gente del gobernador. No á su campo vamos que, señor por señor, de rebelde es su bandera; pero sí á lo de la villa de la Plata en pos del descanso y de la holgura.

Luis Perdomo de Palma frisaba ya en

los cincuenta y su cabello empezaba á blanquear. Había en su persona un sello tal de altivez y nobleza, que inspiraba respeto y amor á cuantos le trataban. Afeó con enérgicas razones la conducta de los amotinados y éstos, arrepentidos del villano proceder, protestaron morir bajo la bandera del capitan y renunciar á las pagas.

—No en mis dias—contestó su jefe—esperad un rato que prométovos que poco he de valer ó habeis de quedar pagados esta misma vegada.

Y Luis Perdomo se encaminó á casa de un mercader y solicitó de él un préstamo de mil ducados, por ocho dias, tiempo en que esperaba recibir de su casa, convertidos en dinero, los últimos restos de su fortuna.

El mercader se encogió de hombros y contestó :

—Pobre prenda es una esperanza, que ella, señor capitan, puede marrar, y más en los tiempos de revuelta que vivimos. No me acomoda la prenda.

Ante la poca confianza que, tan sin ambages, le manifestaba el mercader, otro hidalgo lo habría echado todo á doce, tratádolo de perro y de judío, y aun molídole las costillas. Pero el noble caballero se revistió de dignidad y, arrancándose un puñado de pelos de la barba, dijo :

—¿Quereis que os empeñe, por ocho dias, estas honradas barbas?

El mercader era tambien hombre de gran corazon y, descubriéndose con respeto, contestó:

—Señor Luis Perdomo, con prenda tal podeis disponer de cuanto valgo y poseo. Venid que os cuente los mil ducados.

Al vencimiento del plazo desempeñó el hidalgo los pelos de su barba.

¡Qué tiempos! Y ¡qué hombres! La semilla de éstos no ha fructificado.

¿Habrá, en el si·lo XIX, no digo pelos sino barba entera que, para un usurero, valga medio maravedí?



Despues de la batalla de Yñaquito, anduvo Luis Perdomo de Palma, por dos años, á salto de mata y siempre en armas contra Gonzalo Pizarro.

Francisco de Carbajal era dueño de Chuquisaca.

Luis Perdomo, que vivía oculto en un monte, á pocas leguas de la ciudad, púsose de acuerdo con el alférez Betánzos, de las tropas de don Francisco, para matar á éste el dia de San Miguel y levantar bandera por el rey.

Comprometiéronse en el complot Alonso Camargo, regidor de la ciudad, Bernar-

dino de Balboa y muchos de los soldados *de la Entrada.*

El alférez Betánzos traía en las venas sangre de Júdas; porque fuése á Carbajal y le denunció los pormenores del plan revolucionario. El Demonio de los Andes echó la zarpa encima á los principales conjurados y encomendó á Betánzos que, pues él conocía el sitio donde se refugiaba Perdomo, fuése con cuatro hombres de su confianza y, muerto ó vivo, lo trajese á Chuquisaca.

Era la del alba y el capitan dormía descuidado, en la espesura del monte, cuando dispertó sobresaltado por un ligero rumor que sintió entre las ramas.

A pocos pasos de él estaban Betánzos y sus cuatro hombres.

Perdomo desenvainó su daga y emprendió la fuga, batiéndose desesperadamente con sus perseguidores.

Había ya conseguido dejar á dos de éstos fuera de combate y logrado poner el pié sobre un grueso tronco, que servía de puente á un caudaloso arroyo de cinco varas de ancho y que corría encajonado en un profundo lecho, cuando alcanzó Betánzos á darle tan recia cuchillada en la mano derecha que ésta quedó pendiente de un tendon ó nervio.

Sin embargo, el fugitivo pudo llegar á la orilla opuesta y dar un puntapié al

tronco, que fué arrastrado por la corriente.

Y aquel valiente, cuya energía no se doblegaba ante el dolor físico, se inclinó hácia el suelo, puso la planta sobre la desprendida muñeca y, haciendo un esfuerzo de sobrenatural desesperacion, se arrancó con la izquierda la mano derecha y exclamó, lanzándola á la orilla opuesta:

—¡ Maldita seas, mano que no has sabido defenderte ! ! !

Y aquella mano sin vida fué á estrellarse en la mejilla del traidor alférez Betánzos.



Algunos dias despues el bravo y honrado capitan Luis Perdomo de Palma fué (segun lo relata el Palentino en su crónica de las guerras civiles de los conquistadores) destrozado en el monte por los tigres.

XII.

EL ROBO DE LAS CALAVERAS.

Por los años de 1565 no tenía la Plaza Mayor de Lima, no digo la lujosa fuente que hoy la embellece, pero ni siquiera el pilancon que mandara construir el virey Toledo.

En cambio, lucían en ella objetos cuya contemplacion erizaba de miedo los bigotes al hombre de más coraje.

Frente al callejon de Petateros alzábase un poste, al extremo del cual se veían tres jaulas de gruesos alambres.

El poste se conocía con los nombres de rollo ó picota. Junto al rollo se ostentaba sombría la ene de palo.

Cada una de las jaulas encerraba una cabeza humana.

Eran tres cabezas cortadas por mano del verdugo y colocadas en la picota para infamar la memoria de los que un dia las llevaron sobre los hombros.

Tres rebeldes á su rey y señor natural don Felipe II, tres perturbadores de la paz de estos pueblos del Perú (tan pacíficos de suyo que no pueden vivir sin bochinche) purgaban su delito hasta más allá de la muerte.

El verdadero crímen de esos hombres

fué el de haber sido vencidos. Ley de la historia es enaltecer al que triunfa y abatir al perdidoso. A haber apretado mejor los puños en la batalla, los cráneos de esos infelices no habrían venido á aposentarse en lugar alto, sirviendo de coco á niños y de espantajo á barbados.

Esas cabezas eran las de:

GONZALO PIZARRO, el Muy Magnífico.

FRANCISCO DE CARBAJAL, el Demonio de los Andes.

FRANCISCO HERNANDEZ GIRON, el Generoso.

La justicia del rey se mostraba tremenda é implacable. Esas cabezas en la picota mantenían á raya á los turbulentos conquistadores, y eran á la vez una amenaza contra el pueblo conquistado.

Gonzalo Pizarro y, seis años despues, Francisco Hernandez Giron, acaudillaron la rebeldía cediendo á las instancias de la muchedumbre. Su causa, bien examinada, fué como la de los comuneros en Castilla. Si éstos lucharon por fueros y libertades, aquellos combatieron por la conservacion de logros y privilegios.

Los primeros comprometidos en la revuelta, los que más habían azuzado á los caudillos, fueron tambien los primeros y más diligentes en la traicion.

Esto es viejo en la vida de la humani-

dad, y se repite como la tonadilla en los sainetes.

Volviendo á la Plaza Mayor y á sus patibularios ornamentos, digo que era cosa de necesitarse la cruz y los ciriales para dar un paseo por ella, cerrada la noche, en esos tiempos en que no había otro alumbrado público que el de las estrellas.

No era, pues, extraño que de aquellas cabezas contase el pueblo maravillas.

Una vieja trota-conventos y tenida en reputacion de facedora de milagros, curó á un paralítico haciéndolo beber una pócima aderezada con pelos de la barba de Gonzalo.

Otra que tal, ahita de años y con ribetes de bruja y rufiana, vió una legion de diablos bailando al rededor de la picota y empeñados en llevarse al infierno la cabeza de Carbajal, y añadía la muy marrrullera que si los malditos no lograron su empresa fué por estorbárselo las cruces de los alambres.

En fin, no poca gente sencilla afirmaba con juramento que, de los vacíos ojos de las calaveras, salían llamas que iluminaban la Plaza.



Estas y otras hablillas llegaron á oidos de doña Mencía de Sosa y Alcaraz, la bella viuda de Francisco Giron.

Como uniformemente lo relatan los historiadores, Giron y doña Mencía se amaron como dos tórtolas y para ellos la luna de miel no tuvo menguante. Doña Mencía acompañó á su marido en gran parte de esa fatigosa campaña que duró trece meses y que por un tris no dió al traste con la Real Audiencia, y acaso el único pero definitivo contraste que experimentó el bravo caudillo fué motivado por su pasion amorosa; porque entregado á ella descuidó sus deberes militares.

El 9 de Diciembre de 1554 se promulgaba en Lima, á voz de pregonero, el siguiente cartel:

Esta es la justicia que manda hacer Su Majestad y el magnífico caballero don Pedro Portocarrero, maestre de campo, en este hombre, por traidor á la corona real y alborotador de estos reinos, mandándole cortar la cabeza y fijarla en el rollo de la ciudad, y que sus casas del Cuzco sean derribadas y sembradas de sal, y puesto en ellas un mármol con rótulo que declare su delito.

Muerto el esposo en el cadalso, la noble dama se declaró tambien muerta para el mundo; y miéntras le llegaba de Roma permiso para fundar el monasterio de la Encarnacion, se propuso robar de la picota la cabeza de su marido. Ella no podia encerrarse en un claustro, miéntras reliquias del que fué el amado de su alma

permaneciesen expuestas al escarnio público.

Desgraciadamente, sus tentativas tuvieron siempre mal éxito, por cobardía de aquellos á quienes confiaba tan delicada empresa. Doña Mencía derrochaba inútilmente el oro, y era víctima constante de ruines explotadores.

Tambien es verdad que el asunto tenía bemoles y sostenidos. La Audiencia había hecho clavar en la picota un cartel, amenazando con pena de horca al prójimo que tuviese la insolencia de realizar una obra de caridad cristiana.

Diez años llevaba ya la cabeza de Giron en la jaula, y más de quince las de Carbajal y Gonzalo, cuando un caballero, recien llegado de España, fué á visitar á doña Mencía. Llamábase el hidalgo don Ramon Gomez de Chavez, y tan cordial y expansiva fué la plática que con él tuvo la digna viuda que, conmovido el jóven español, la dijo:

—Señora, mal hizo vuesamerced en fiarse de manos mercenarias. O dejo de ser quien soy ó, ántes de veinticuatro horas, estará la cabeza de don Francisco en sitio sagrado y libre de profanaciones.

Media noche era por filo cuando Gomez de Chavez, embozado en su capa de paño de San Fernando, se dirigió á la picota, seguido de un robusto moceton cuya

lealtad había bien probado en el tiempo que lo tenía á su servicio. El hidalgo encaramóse sobre los hombros del criado y, extendiendo el brazo, alcanzó con gran trabajo á quitar una de las jaulas.

Muy contento fuese con la prenda á su posada de la calle del Arzobispo, encendió lumbre y hallóse con que el letrero de la jaula decía:

ESTA ES LA CABEZA DEL TIRANO

FRANCISCO DE CARBAJAL.

Gomez de Chavez, léjos de descorazonarse, se volvió sonriendo á su criado y le dijo:

—Hemos hecho un pan como unas hostias; pero todo se remedia con que volvamos á la faena. Y pues Dios ha permido que, por la oscuridad, me engañe en la eleccion, la manera de acertar es que dejemos el rollo limpio de calaveras, y andar andillo que la cosa no es para dejada para mañana, y si me han de ahorcar por una que me ahorquen por las tres.

Y amo y criado enderezaron hácia la Plaza. Y con igual fortuna, pues la noche era oscurísima y propicia la hora, descolgaron las otras dos jaulas.

Al dia siguiente, Lima fué toda corrillos y comentarios.

Y el gobierno echó bando sobre bando para castigar al ladron.

Y hubo pesquisas domiciliarias, y hasta metieron en chirona á muchos pobres diablos de los que habían tomado parte en las antiguas rebeldías.

El hecho es que el gobierno se quedó por entónces á oscuras y tuvo que repetir lo que decían las viejas:—que el demonio había cargado con lo suyo y llevádose al infierno las calaveras.

***

Gomez de Chavez, asociado á un santo sacerdote de la órden seráfica, enterró las tres cabezas en la iglesia de San Francisco.

FIN.